

La viuda del autor argentino, María Kodama, abrirá la muestra con el ministro de Cultura de Buenos Aires

El premio Nobel de Literatura, Mario Vargas Llosa, admiraba a ambos autores y se interesó por su falta de descendencia

VIENE DE LA PÁGINA 38 ►

la elaboración de sus obras. Así pues, se sirvieron del cultivo de sus lecturas como herramienta de creación para algunos de sus libros más conocidos, como es la reinterpretación de los clásicos de «El Quijote» o «La Celestina» en el caso de Azorín. Las obsesiones por la madre, a las bibliotecas (recuerden la «Biblioteca de Babel» de Borges), el amor por los libros o la fugacidad del tiempo son también temas constantes en sus carreras literarias.

En este sentido, también salta a primera vista la similitud de sus estilos, ambos de una vastísima cultura, y donde la riqueza de su léxico es otro de los elementos por los que se caracteriza ambos arquitectos literarios.

Jorge Luis Borges y José Martínez Ruiz, Azorín, también comparten admiradores conocidos. Y es que, el reciente premio Nobel de Literatura, Mario Vargas Llosa, ha confesado en numerosas ocasiones su aprecio por el legado de ambos escritores, hasta el punto de dedicarle el discurso de ingreso a la RAE a Azorín y, por parte de Borges, un gran número de artículos periodísticos publicados en prensa y revistas especializadas. Además, Adolfo Bioy Casares, amigo de Borges y con quien emprendió varios proyectos literarios, también confesó su deuda temprana a Azorín para la redacción de la que sería su primera novela, «La nueva tormenta o la vida múltiple de Juan Ru-teno».

Otro parentesco que es, quizás, más fruto de la curiosidad es que ambos escritores no tuvieron descendencia. En el caso de Azorín, a Mario Vargas Llosa le suscitó mucha inquietud este asunto tal y como reconoció en su visita a la Casa Museo de Monóvar en 1993. Por entonces, el autor de «La Fiesta del Chivo» ultimaba un artículo donde se informaba de este caso y del de Borges, ya que ambos casos los veía «claves» para comprender la mentalidad del escritor. Sobre Borges, el psicoanalista argentino Óscar Estrada señaló en una conferencia que: «Lo de Borges no era un amor genital, sino cortés. El escritor argentino sabía además que su ceguera era genética, porque su abuela y su padre ya la habían sufrido, y por ese motivo jamás quiso tener hijos. Porque se la transmitiría a ellos». Finalmente, otro punto común es que ambos escritores fueron considerados unos clásicos de la Literatura Universal incluso antes de muertos, siendo sus obras inmortales, como hoy viene a recordarnos esta exposición de Monóvar.

Casi mil artículos y más de 40 años de trabajo. Este es el legado que el autor de «La ruta de Don Quijote» ha dejado en Argentina desde que en 1916 iniciara sus colaboraciones periodísticas. Una producción literaria que se intensificó en 1936, cuando el estallido de la Guerra Civil Española obliga a Azorín a exiliarse a París.

Azorín y Argentina



Azorín, maestro de la generación del 98, junto al retrato que le hizo su amigo Ignacio Zuloaga. EFE

J. PAVÁ

■ Azorín se libró por los pelos de la muerte al inicio de la Guerra Civil Española. En octubre del 36, cuando ya habían sido ejecutados amigos suyos como **Ramiro Maeztu**, Azorín abandona España en ferrocarril y, en el último paso para cruzar la frontera hacia Francia, es detenido por miembros anarquistas de la FAI. Allí es sometido a un férreo cacheo que, con creciente tensión, se solventa cuando encuentran en su equipaje unas cartas manuscritas de **Blasco Ibáñez**. Y aquello le salvó la vida. Azorín se establece entonces en París, junto al círculo de intelectuales que ya estaban asentados allí, como **Gregorio Marañón**, **Pío Baroja**, **Menéndez Pidal** o **Pérez Ayala**.

Durante su estancia en la ciudad de las luces, Azorín escribirá exclusivamente para el diario argentino «La Prensa» (con la única premisa de no hablar de la guerra), siendo éste su único sustento y ahorro hasta el regreso del exilio. Y es precisamente en este intervalo de tiempo, cuando el maestro de Monóvar se abrió un hueco importante entre los lectores de Argentina ya que, junto a sus colaboraciones periodísticas, se publican varias de sus obras, como «La ruta de Don Quijote» o «Españoles en París».

Sin embargo, la unión de Azorín a Argentina va más allá en el tiempo. Y fueron en total más de 40 años

(1916-1951) en los que el autor de «La Voluntad» llegó a publicar casi mil artículos en «La Prensa» de Buenos Aires, planteando los más diversos temas. Entre ellos, dirigiéndose a un público de inmigrantes españoles inclinado a la nostalgia, Azorín dedicó varias páginas a nuestras costumbres y paisajes, describiendo Benidorm, Toledo, Madrid, Burgos o Alicante, «la Grecia de España, con sus gentes razonables y lógicas».

Pero también hizo llegar hasta Argentina innumerables sugerencias de lecturas, y hasta planes o esquemas para el estudio integral de un autor o género, con **Cervantes**, **Fray Luis de León** o **Lope de Vega** entre sus predilecciones. También manifestó sus preferencias literarias (con **Gracián**, **Unamuno** y **Clarín** al frente) al mismo tiempo que relataba juicios desfavorables sobre **Bécquer**, a quien calificaba de blando, superficial y con grandes defectos en el lenguaje.

Otro ángulo de la vida social que le interesó a Azorín fue la educación, donde denunció sus carencias desde sus estamentos más elementales. Al mismo tiempo, Azorín también lamenta el olvido del teatro clásico español, a diferencia de lo que ocurre con el país vecino (Francia). Entre los dramaturgos contemporáneos muestra evidente preferencias por **Alvarez Quintero** —sobre cuya producción informa regularmente— y por Jacinto Benavente.



Azorín, en su senectud. EFE

Los artículos de contenido político son principalmente de la primera etapa, pero en todos ellos Azorín dibuja gradualmente un retrato desfavorable de los representantes públicos de su tiempo: falta de curiosidad intelectual y de patriotismo, ignorancia de la Historia, carencia de ideas y de programa, desprecio a la opinión pública y subordinación a los pequeños núcleos de ayuntamientos y los «casinitos» provincianos.

El millar de artículos publicados por Azorín en Argentina fueron, como hemos anotado anteriormente, en «La Prensa» de Buenos Aires. Un diario de orígenes modestos y humildes que llegó a asumir una gran cuota de poder. Fun-

dado el 18 de octubre de 1869 por **José Clemente Paz**, un joven abogado cordobés, sus pilares se basaban en una información excelente, una óptima distribución, la publicación de avisos clasificados que ocupaban las primeras páginas y una columna editorial de calidad con la que llegó a ganarse un espacio en el rico panorama periodístico de una Argentina en ascenso, que alrededor de 1910 producía el 50% del producto bruto de Hispanoamérica.

A principios del siglo XX, Clemente Paz construyó para su diario un palacio sobre la recién inaugurada Avenida de Mayo de Buenos Aires, que contaba con todos los adelantos del momento. Era tan hermoso y bien equipado que, cuando se inauguró, el director del «New York Times», **Mr. O'Donnell**, admitió que solo «La Prensa» lo superaba en el mundo. Fue su mayor momento de esplendor: poseía una biblioteca con sede en París, delegaciones en puntos estratégicos del mundo y corresponsales en los cinco continentes. Su fama en América y Europa se sostuvo durante años. Alrededor de 1930 llegó a tiradas de 700.000 ejemplares.

José Clemente Paz llegó a aspirar a presidencia de la República y, en un edificio anexo a la redacción, recibía a las delegaciones extranjeras. Sin embargo, la misma política le asestó un golpe mortal del que jamás se llegó a recuperar. En 1951 el Gobierno de **Juan Domingo Perón** intervino el diario y destruyó sus archivos.

De los casi mil artículos que Azorín dedicó en su mayor parte a «La Prensa», destaca además un tema habitual en todos ellos, el Periodismo, y que ha servido en los últimos años como reflexión entre los azorinianos para la organización de los recientes congresos internacionales. Las últimas actas de esta cita se reúnen en un libro que se presenta el próximo martes en Madrid.

Y Azorín, que le gustaba definirse como periodista, dijo en 1932: «Cuando era niño, ya tenía afición a los periódicos. Me moriré y en la otra vida estaré pensando en los periódicos. Si en la región celeste e inefable no hay periódicos, será para mí un gran desencanto. Y digo en la región celeste —dando por supuesto que he de ir al Paraíso— porque un periodista, ¿adónde ha de ir sino a la Gloria? ¿Quién, en la Tierra, hay más trabajado, más angustiado por la labor y por el porvenir? ¿Quién hay que padezca más fiel al trabajo, más acuciado por el trabajo, más aperreado por el trabajo? El periodista, sea un gran director o modesto reportero, es el ser más abnegado, más noble y más útil a la sociedad».